

LA VOZ DEL TÓRMES.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

REDACTORES

D. MATIAS PASTOR Y GARCIA.—D. TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

COLABORADORES

Estevez de G. del Canto (D.ª Josefa).
Príncipe de Llácer (D.ª Clotilde
Aurora).
Tartilan (D.ª Sofía).
Arés y Sanz (D. Mariano).

Castelar (D. Emilio).
Castro y Valdivia (D. Gonzalo de)
Doncel y Ordaz (D. Domingo).
García del Canto (D. Antonio).
García Dóriga (D. Alfredo).

García Martín (D. Lucas).
Gil Robles (D. Enrique).
Herrero (D. Manuel).
Moreno Castelló (D. José).
Navarro Izquierdo (D. Luciano).

Robert (D. Roberto).
Segovia y Corrales (D. Alberto).
Villar y Macías (D. José).
Villar y Macías (D. Manuel).

PRECIO DE SUSCRICION.

Salamanca, un mes.	3 reales.
Fuera.	4
Tres meses.	10

Extranjero y Ultramar, seis meses. 40 reales.
Pago adelantado.
Redaccion y Administracion Patio de Escuelas, 4.
Toda la correspondencia se dirigirá á la Administracion.
No se devuelven los escritos.

SUMARIO.

El egoismo (conclusion) por Fernando Araujo.—*La Nochebuena*, por Fernando Araujo.—*El idolo roto*, por doña Sofía Tartilan.—*El amor, el placer y la gloria*, novela (continuacion), por Fernando Araujo.—*A mi madre*, poesia por Teodoro R. de la Torre.—*La música*, poesia, por Gonzalo de Castro y Valdivia.—*A la caridad*, poesia, por D. José Moreno Castelló.—Epigrama, por T. R. de la Torre.—Variedades.

EL EGOISMO.

(Conclusion.)

Pero ¿por qué eludir la demostracion racional de la perfectibilidad? ¿Será porque en su pro no militen pruebas concluyentes? De ningun modo: lo hice así por abreviar camino: he matado de un tiro dos pájaros: Si el hombre se perfecciona es por ser perfectible. «Lo que es racional, dice Hegel, es real y lo que es real es tambien racional.» Me basta, pues, con el hecho: ¡El mundo marcha! diremos con Pelletan.

No resisto á la tentacion de trasladar aquí las palabras del ilustre pensador que, hablando con Lamartine, incrédulo por una extraña anomalia del progreso, le decia en un magnífico raptó de entusiasmo: «Cierto que podemos en un momento de cansancio enviar noramala el progreso y correr sobre su luz la cortina para gozar un rato de descanso; pero no por eso deja de estar allí el Progreso, que nos vela, nos rodea, nos sostiene, nos estrecha, nos penetra por todas partes y por todos los poros á la vez. En el instante mismo en que, sentados delante de nuestra mesa, intentamos negar, pluma en ristre, su existencia, el Progreso sentado á nuestro lado

está mirándonos y sonriéndose de nuestra ilusion; porque esta mesa, esta pluma, esta tinta, este gabinete, esta ventana, este grabado, este espejo, todo cuanto vemos, todo cuanto tocamos nos acusa progreso, nos predica progreso; cualquier cosa que hagamos, cualquier cosa que digamos, ejecutamos un acto de progreso, ó nombramos una conquista del progreso. Atacamos el progreso, pero con la prensa: un arma del progreso. Renunciamos al progreso, pero la palabra misma de que nos servimos para esta renuncia, se revuelve en nuestra boca diciendo ¡Progreso!»

Es imposible hacer mejor la apología del progreso. Me límito á lo dicho, pues lo creo más que suficiente para llevar el convencimiento al espíritu más refractario.

Demostrado, pues, que el progreso es ley de la humanidad por ser esta perfectible, preguntamos ahora: ¿Cuales son los límites de ese Progreso? Esta pregunta pudiera sustituirse así: ¿llegará un tiempo en que la humanidad se despoje por completo del mal? La contestacion de estas cuestiones resolverá de lleno la propuesta, pues el egoismo es un mal.

¿Cuales son los límites de la perfectibilidad? ¿Dónde debe detenerse el progreso? Cuando la humanidad haya alcanzado el ideal entonces debe detenerse la perfectibilidad. Allí donde el ideal se asienta debe el progreso detener sus pasos, porque ¿qué mayor progreso que la realizacion del fin de este? ¿Qué mayor perfectibilidad que la perfeccion compatible con nuestra limitada naturaleza? Allí hemos alcanzado el mayor cúmulo de dicha y debemos dejar el puesto á otros seres superiores á nosotros, pues aunque nuestro progreso termine no sucede lo mismo con el progreso universal.

La época á que me refiero está al parecer lejana todavía; quizá se retarde indefinidamente su llegada, pero debe llegar sin duda alguna. Mas ¿cuál es ese ideal de que tantas veces he hablado? La cuestión es algo complicada, pero procuraremos abreviarla lo posible.

El hombre, como tal, contiene en sí en íntimo consorcio dos sustancias: la materia, por la que se relaciona con la naturaleza, y el alma, por la que se pone en contacto con el mundo espiritual. Pero él es algo más que estas dos sustancias íntimamente unidas, es hombre; es decir, la síntesis del cuerpo y el espíritu, y por tanto perfectamente semejante á Dios que sintetiza los dos órdenes superiores del universo. El ideal del hombre debe, pues, ser Dios. Mas ¿quiere esto decir que nosotros debemos poner nuestro conato en elevarnos é igualarnos con Dios? De ninguna manera: pues Dios es infinito y nosotros limitados; Dios es absoluto y nosotros dependemos de condiciones. Lo que sí debemos pensar es elevarnos, en los límites de nuestro ser, á la perfección ideal, á Dios; Este es virtuoso, sábio, bello, bueno, justo, infinita y absolutamente; nosotros debemos ser justos, buenos, bellos, sábios y virtuosos dentro de los límites del género; ir más allá sería un error.

El ideal, pues, consiste en la realización mediante el tiempo de nuestro desarrollo completo como cuerpos, espíritus y hombres en todas las esferas de nuestras relaciones; en la plenitud de la satisfacción de nuestro deber cumplido y en el goze de la felicidad. Alcanzar este ideal es lo que se ha propuesto, con ó sin conciencia de ello, la humanidad desde su principio hasta que logre conseguirlo con la poderosa ayuda del progreso.

Cuando llegue esa era de ventura, cuando el hombre aspire el aire puro de la felicidad, cuando apague su sed en la fuente de la dicha, cuando su ciencia se purgue de todos los errores, su cuerpo de todas las enfermedades, su imaginación de todos los delirios, su corazón de todas las pasiones entonces... ¡ah! entonces el hombre no levantará falsos ídolos, los pueblos bendecirán á los Gobiernos y los Gobiernos adorarán á los pueblos; no empapará la sangre del vencido el campo del labrador; no habrá crímenes, no habrá cadalsos, el egoísmo desaparecerá por completo... ¡que felicidad!

Moisés colocó por un lamentable olvido el Paraíso en el principio de la humanidad; ya es hora de que se enmiende esa errata: el Eden está en el porvenir. ¡Quiera el cielo que Moisés no sea profeta y que el hombre no coma, una vez dichoso, el fruto prohibido!

Hemos visto ya que el egoísmo debe desaparecer en lo futuro; mas como esta cuestión pudiera ser para algunos ociosa y sin resultados, quiero sincerarme de haberla planteado al mismo tiempo que demostrar, y con esto daré por concluido mi ya largo artículo, que no es de pequeña importancia para el hombre el conocer su porvenir.

Al afirmar que el mal debe desaparecer en el porvenir no ha pasado por mi mente la idea de que esto se verifique imprescindiblemente, aun sin el auxilio del hombre. Lejos de eso, he pretendido demostrar que si el mal existe en nosotros es porque hemos trabajado para adquirirlo y otro tanto debe suceder para perderlo; el egoísmo, como todos los vicios, como todos los errores, debe ser combatido con energía, y solo una perseverancia á toda prueba podrá arrojarle de nuestra sociedad, en la que tantas y tan antiguas raíces tiene. ¿Qué sería de nosotros si dejáramos obrar á la ventura nuestras pasiones? Fijos en el ideal, con la consoladora creencia de alcanzarle, trabajemos sin descanso y el éxito coronará nuestros esfuerzos; no nos importe trabajar para otros, pues este cálculo sería egoísta. Tengamos presente que debemos obrar el bien por el bien sin el temor de un castigo ni la esperanza de una recompensa; si ésta viene recibámosla como un favor, pero jamás como un pago. Pongamos cada cual, en la medida de nuestras fuerzas, una piedra para levantar el edificio de la felicidad, y no nos importe que otro sea el que corone el monumento. Los que vengan nos bendecirán, y nosotros tendremos la satisfacción de haber cumplido nuestro deber.

Para terminar mi trabajo cedo la palabra al eminente pensador francés, al ilustre cantor del Progreso, á Pelletan: «El hombre más grande es aquel que, injuriado ó aplaudido, comprendido ó menospreciado, obra á más largo término, da más de sí á la humanidad: imprime la idea más perpétua en su obra y arroja ésta, por encima de los siglos, á la pesteridad... ¡quitarle á la humanidad su perspectiva es quitarle su sollicitación á la actividad!... pensar en la suerte del porvenir no es, pues, indiferente á nuestra conducta en esta vida, pues todos obramos segun pensamos».

¡Plegue al cielo que esa hidra infernal, ese asqueroso gusano llamado egoísmo que corroe á la sociedad, que inficiona el aire, que penetra por todas partes desaparezca en breve plazo! Para ello no se precisa sino una fuerte voluntad. Con la desaparición del egoísmo caerían por falta de base todos los demás vicios, la aurora de la perfección se acercaría y sonaría la hora de la dicha en el reloj de la humanidad.

FERNANDO ARAUJO.

LA NOCHE-BUENA.

I.

Corría el año 4004 (segun Usserio) de la Creación; 2348 años hacia que el diluvio mosáico había anegado la tierra; 1184 años que Troya había sucumbido á la constancia de los átridas; 1000 años que Salomón había celebrado la solemne dedicación del templo; 776 que Corebo había sido proclamado vencedor en los juegos olímpicos; 754 que Rómulo había echado los ci-

mientos de la Ciudad eterna; corría el año 312 de la era alejandrina; el 39 de la era hispana... el mundo se hallaba próximo á una revolucion; todo lo presagiaba así; el aire se hallaba impregnado del espíritu revolucionario.

El Egipto habia producido ya sus Faraones, sus geroglíficos, sus pirámides, su *Ritual funerario*; la India habia visto cruzar por su abrasado suelo los Vedas, los Brahmanes, los Budhas, habia arrojado la semilla del panteísmo en su *Código de Manú*, y los sistemas Sankhyas, Nyayas y Kanadas habian desarrollado sus respectivas tésis; la Persia, la Roma del Oriente, el imperio despótico y conquistador de allende el Eufrates habia creado ya un Ciro, un Jerjes, un Dario, y bajo otra relacion un Zoroastro habia lanzado al rostro de la humanidad la acusacion de sus luchas interiores en el Zend-Avesta; la Palestina habia sucumbido á los mandatos de Jehová; sus profetas, sus instituciones, sus varias sectas habian ya depositado el óbolo sagrado en el altar del Progreso; la Fenicia, el Estado comerciante habia ya entrevisto la luz, que Cadmo llevó a la Grecia, en los geroglíficos egipcios, extendiendo doquiera sus factorías. El Oriente todo habia llenado su mision.

La Grecia, recogiendo tan preciosa herencia é infundiéndola su espíritu individualizador, habia arrancado al arte sus más preciados secretos produciendo un Parrasio, un Fidias, un Homero, un Eurípides, un Demóstenes; habia sorprendido en la ciencia sus más ocultas verdades creando un Herodoto, un Thales, un Solon, un Sócrates, un Platon, un Aristóteles, génio universal que todo lo abarcaba en su enciclopédica fantasía. Ebria de entusiasmo, radiante de felicidad, incapaz su escaso suelo de contener su vital empuje habíase lanzado al exterior, arrojando tan preciosas semillas por todo el mundo conocido, valiéndose para ello de un conquistador, grande como ella, de Alejandro, instrumento eficaz de providencial designio; los eruditos de Alejandria, con sus inútiles tentativas de alianza con el Oriente, habian puesto la última piedra de la Grecia en el edificio del Progreso... su mision habia concluido.

Pero aún queda mucho por hacer: Roma se levanta, su espíritu lo absorbe todo y el romano desea reposar su planta en territorio suyo donde quiera que se encuentre. Rómulo echó los cimientos de la Ciudad eterna; los reyes le comprendieron y siguieron su obra; un atentado al pudor decidió del destino de la monarquía y la república se alzó sobre el cadáver de Lucrecia. Pero estaba en la sangre del pueblo-rey el espíritu avasallador: los cónsules continuaron la obra de los reyes: Cartago cayó, cayó Grecia, cayó el Asia Menor; la España, la Galia, la Bretaña, el Oriente, la selvática Germania cayeron tambien; Cleópatra al darse la muerte resignó en manos de Augusto el destino

del Oriente; la batalla de Filippos fué la última protesta contra la unidad. La paz reinó por fin en el mundo, Jano ocultó sus dos caras. Desde la Arabia hasta el Rhin, desde el Eufrates á Asturias pasearon triunfantes las águilas imperiales y resonó victorioso el nombre augusto de Roma.

Pero en tanto quedaba en pié la doctrina aristotélica de la esclavitud; no se despreciaba ménos en este tiempo que en el de Platon el trabajo industrial; la mujer yacia sepultada en el ginéceo considerada casi incapaz de derechos, formando una sola persona jurídica con su padre ó con su esposo. El patricio, el ciudadano romano lo era todo, lo demás... nada; la antigua expresion *adversus hostem æterna auctoritas esto* apenas habia sufrido modificacion alguna. Estos vicios de constitucion, que señalo entre otros muchos, minaban por su base la sociedad romana; era preciso un innovador, una reforma. No podia faltar un génio que la comprendiera y expresase. La moral vacilaba; las costumbres estaban manchadas en el fango de la depravacion. Todo el mundo comprendia la necesidad de la Reforma.

Ninguna ocasion mejor que esta. Roma habia llenado á conciencia su mision: el mundo obedecia á un solo jefe; las comunicaciones estaban expeditas en todo el imperio; el régimen administrativo de Romá habia de ser la gran palanca para la propaganda de la nueva doctrina; la lengua del Lacio habia echado sus raices doquiera habian resonado sus melodiosos acentos. Pronúnciese una palabra y el viento propagará su sonido desde el Nilo hasta el Danubio; acérquese una tea á la llama y su luz se extenderá desde el Eufrates al Tajo.

Todo está en expectativa: algo grande se espera, algo sublime se aguarda; la palabra ¡Reforma! brota de todos los labios; los ojos todos se dirigen al Oriente; de allí ha de venir la luz. Confíemos; el corazon no se engaña nunca.

II.

¡Mirad! mirad!... ¡qué bella noche! Ni una nube empaña el claro azul del cielo; la luna riela sus pálidos reflejos alumbrando magníficas escenas; el firmamento brilla con desusados fulgores; centellean los astros y lanzan temblorosos destellos cual si se conmovieran de placer; una estrella brillante semeja moverse en direccion al Occidente; tres reyes siguen, sin apartar de ella su vista, el camino que recorre. ¿Qué es esto? Pero ved: de pronto se detiene, lanzando sus rayos perpendicularmente sobre un pobre portal; los reyes se detienen tambien, penetran en el mísero albergue, y se postran y adoran un niño recién nacido.

La esperanza se habia realizado; las 70 semanas de Daniel se habian cumplido ¡aleluya! el mundo pedia un Redentor y ya lo tiene: es ese niño, Jesucristo ¡hosanna in excelsis! El Oriente abdicaba en él su mision por mano de los tres reyes; lo que los erudi-

tos de Alejandría habían intentado él lo conseguiría. ¡Sublime misterio! maravilla incomparable! Hace hoy 1876 años de esto y aún lo recordamos conmovidos; hace hoy 1876 años que en el portal de Belén se verificó el misterio más augusto y aún lo recordamos con el alma henchida de gratitud. ¡Hosanna al hijo de Dios!

III.

Los pueblos han consagrado el recuerdo de esa noche con el nombre de *Noche-buena*. Pocas veces se emplean de un modo tan propio las palabras; pocas veces se encuentran en la lengua tan apropiados signos del pensamiento.

Hoy es el aniversario de tan fausto suceso

Esta noche es Noche-buena etc.

como dice el cantar popular. ¡Bendigamos su venida! Celebremos la llegada de esta Noche-buena y pidamos al cielo que su bondad no sea solo un recuerdo, sino un hecho también para todos los humanos.

Aunque degenerada en la actualidad, no deja, sin embargo de ofrecer la celebración de la Noche-buena miles de encantos para las familias cristianas. Durante ella reina la expansión, la alegría; el fuego sagrado del hogar doméstico alumbrá á todos los miembros de la familia, reunidos con tan fausto motivo; los sabrosos manjares brindan hoy los más variados placeres al apetito; las botellas circulan haciendo chispear los ojos de alegría; los niños sonríen sin cesar pensando en sus *colaciones*, en sus *nacimientos*; las zambombas, antiquísimo recuerdo de instrumentos algo más melódicos, murmuran con ronco acento propio de la estación; los *villancicos* resuenan alegremente por las calles; la *Misa del Gallo* reúne los más variados tipos, fisonomías dignas del estudio de un La Bruyere ó Lavater, los más risueños caracteres: semblantes soñolientos; ojos vivaces, pero con una vivacidad que hace recordar el elixir de Baco; piernas inseguras que marchan en *zig-zag*, sonrisas poco naturales, bostezos extravagantes, gestos ridículos... todo esto se vé en la *Misa del Gallo*, magnífico asunto para un cuadro de costumbres.

Después... ruido, mucho ruido: guitarras, zambombas, pitos, silvidos, cantares; los signos de una alegría, desgraciadamente provocada por lo general; alguna riña en que las guitarras, zambombas, etc., suelen hacer su papel; bastantes excesos con todas sus consecuencias y... ¡nada más!

Esta es la Noche-buena: buena realmente para unos y mala para otros por sus excesos. Despojada de estos es una fiesta cristiana, la fiesta cristiana por excelencia; pero se prefiere por algunos hacer de ella una orgía, una saturnal, una bacanal ¡tanto peor para ellos! Todas las cosas tienen dos aspectos como las medallas: el anverso de la Noche-buena es la reunión de

la familia, el recuerdo del Nacimiento; el reverso... los excesos á que conduce la llegada de esa noche.

Hay séres para quienes la Noche-buena es una noche bendita, siempre recordada con cariño, con fervor, con adoración; séres para quienes la venida de la Noche-buena es no solo el recuerdo, sino la venida del Mesías, y tan esperada como éste lo fué.

¡Con qué ansiedad espera el estudiante este momento! Para muchos de ellos arrancársele era arrancarles la vida. ¡Cómo saborea las delicias de la Noche-buena rodeado de su familia que escucha religiosamente las agudezas de su ídolo que narra entre bocado y bocado los chistes de sus compañeros, los dichos de sus profesores, las malas comidas que le propina su patrona, los muchos gastos que le es preciso hacer para *no ser ménos* que los demás, los *malos ratos* que el estudio le proporciona, las ilusiones que abriga para el porvenir!

¿Qué diré del que tiene la novia en su pueblo? ¿Qué significa para estos amantes ausentes la llegada de la Noche buena? Todo un mundo de emociones, el infinito del cariño. La Noche-buena los aproxima, los reúne; recuerdos, reconvenciones, crisis, explicaciones, temores, esperanzas, ternura, caricias, amor... ¡esto sobre todo! la realización de un sueño, el suspiro de un alma, una sonrisa de felicidad, un beso apasionado... todo esto es la Noche-buena para el amante. ¡Felices mil veces los que puedan gozar al lado de sus amadas de las delicias de la Noche-buena! No puedo ménos de envidiarles por esa felicidad que me niega el cielo!

Esa noche también vuelve el curtido militar al seno de la familia que le dió vida; olvida por un momento que es soldado para recordar que es hijo y se entrega á los mayores trasportes de alegría; una vez con sus padres olvida por otro momento que es hijo para recordar que es soldado: refiere con orgullo sus marchas y combates; muestra con entusiasmo la cicatriz que prueba el cumplimiento de su deber, sello indeleble de su patriotismo; enseña con modesto rubor la cinta, la medalla, la cruz con que la patria ha premiado sus servicios! Felices sean él y su familia! gocen en paz de ese día venturoso!

Pero compadezcamos también la mísera condición de esos lípedos de gorro frigio, de esos escamados mariscos, de esas vistosas producciones (más que vistosas sabrosas) del arte culinario y *confiteril* destinadas en tan fausto día á hallar sepulcro en nuestro estómago! La ley de la contradicción domina el mundo ¡Dios lo quiere!

IV.

En resúmen: la Noche-buena es:

Para el pavo y demás *adminículos*: una noche muy mala.

Para el niño: la *colacion*, la zambomba, el *nacimiento*, día de ruido.

- Para el estudiante: las vacaciones.
 Para el militar: la licencia.
 Para la viuda: un recuerdo.
 Para el rico: lo que todas las noches.
 Para el pobre: el fruto de sus economías.
 Para el calavera: la orgía.
 Para el que ama: un sueño de color de rosa.
 Para el que sufre: un dolor más, un sarcasmo.
 Para el periodista: un artículo.
 Para el confitero: una buena entrada.
 Para el maestro de escuela; la única satisfacción que tiene en el año.
 Para el sacerdote: la memoria de un misterio.
 Para el filósofo: el recuerdo de una revolución.
 Para el moralista: un argumento.
 Para el poeta: un villancico.
 Para el pintor: un cuadro.
 Para el estadista: una fecha.
 Para el historiador: un hecho.
 Para mi... ¡la Noche-buena! Muy buena la deseo á mis lectores.

FERNANDO ARAUJO.

EL ÍDOLO ROTO.

¿Quién de nosotras no habrá, durante la vida, roto un ídolo, derribado un altar, apagado una lámpara sagrada que parecía destinada á lucir eternamente? La pobre naturaleza humana, tan frágil, tan deleznable, es con frecuencia harta dada á levantar ideales; y el espíritu, con sus eternas tendencias hácia lo infinito, procura siempre separarse ó separar á cuanto le rodea del fango en que estamos destinados á revolcarnos durante nuestra peregrinacion por la tierra.

De aquí, pues, los conatos que el hombre tiene tantas veces de divinizar los seres que toman parte en su vida, y de aquí tambien el que lllore con tanta frecuencia sus equivocaciones, teniendo que derribar con sus propias manos el ídolo y el altar que él mismo habia fabricado. En amor, en amistad, en política, en artes, en ciencias, en literatura, en todo, en fin, cuanto tiene algo de intelectual, y se hace afin al espíritu, se halla medio de divinizar un nombre, una idea, una personalidad. El amor es esencialmente subjetivo. Varía de ídolo con deplorable frecuencia, y siendo su fé más ciega, su religion más sublime, su culto más entusiasta, necesariamente, llegado el momento de llorar sus equivocaciones y de romper su ídolo, derribando el altar, la impresion ha de ser tambien más dolorosa y punzante.

En artes, en ciencias, en política y en literatura, por erróneas que sean las apreciaciones hechas con respecto á una idea, á una escuela ó á una personalidad, el sentido práctico y la libertad de pensar y racio-

cinar, ya con los demas, ya consigo mismo, separa el espíritu hasta cierto punto de las aberraciones que pueden obcecarle cuando se trata de una pasion.

En amistad suele suceder algo parecido á lo que pasa con respecto al amor; porque interesado el corazón, la cabeza solo manda en segundo término. Así que, nada más frecuente que ver un amigo renegando de otro á quien llamó tal, y lamentando su equivocacion, viéndose precisado á confesar que habia fijado mal su estimacion, que su afecto no era correspondido, que lo que en él era amistad sincera lo vió pagado con el egoismo y la ingratitud, y por lo tanto hé aquí roto el ídolo, derribado el altar, muerta la fé y apagada la lámpara del entusiasmo.

Es indudable que todo el que sufra esta clase de decepciones tendrá un pesar verdadero; sentirá un dolor más ó ménos vivo, pero dolor al fin. Mas ¿qué comparacion podrá nunca establecerse entre cualquiera de estos dolores, de estos pesares, con el que siente el alma enamorada al tener que derribar de su pedestal al ídolo de su amor? Hemos dicho antes que el amor es subjetivo, y esta afirmacion parece desmentir lo que decimos ahora, porque el amor, al cambiar de sugeto, no cambia de forma ni de esencia, y por lo tanto, el ideal puede permanecer incólume en el fondo del alma, sirviendo de lenitivo á la pena causada por la decepcion, y de sostén á la fé, pero ¡ay! desgraciadamente esto no basta! El ídolo ha existido, y al tener que romperlo algo punzante, algo desgarrador, ha resonado dentro de nuestro sér. Ciertamente que la fé en el amar no muere, porque no puede morir; porque forma parte de los principios eternos, y es eterno como Dios, de quien procede. Pero cierto es tambien que al romperse el ídolo, al derrumbarse el altar que nosotros mismos habíamos levantado, alguna fibra se rompe dentro del alma, y si la fé no se apaga, á lo ménos se oscurece su llama sagrada, y al volver á encenderse, ó brilla ménos clara y esplendente, ó por el contrario, convertida en abrasante hoguera, consume cuanto toca con su voracidad. ¡Y si de este modo el dolor fuera ménos punzante! ¡Si al sentir la nueva llama iluminando ó consumiendo el fondo del alma la fé renaciera pura, radiante, exenta de toda duda, libre de toda sombra, rica en entusiasmo, colorada por los risueños prismas de la esperanza, sin haber dejado en las zarzas del camino recorrido ni un solo giron de su espléndida vestidura! ¡Oh! entonces ¿qué importaba el haberse equivocado una, ó cien veces? ¿Qué importaba el haber derribado un altar ó inmolado un ídolo? Pero desgraciadamente no es así.

El amor, vario en la forma, es siempre uno en esencia, y de lo que fué, de lo que una vez perdió siempre quedará algo en el fondo, lo bastante sin duda para atormentar nuestro pensamiento, torturar nuestra razon, amargar nuestros goces presentes con el punzante recuerdo de los ya pasados: en una palabra,

siempre, como una eterna amenaza para matar la dicha, estarán ante nuestras miradas los mutilados restos de *el ídolo Roto*.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid 13 de Diciembre de 1876.

EL AMOR, EL PLACER Y LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

(Continuacion.)

CAPÍTULO III.

Tres meses despues.

—¡Oh! nuestra dicha será completa.

—Completísima, Rogelio; porque jamás te puedes figurar la inmensidad de cariño que has hecho brotar en mi alma; yo no sé vivir sino á tu lado gozando con tu presencia, aspirando el perfume de tus palabras.

—Sí, ángel mio; comprendo todo tu cariño porque siento latir en mi pecho la misma llama que abrasa el tuyo; ¡yo te adoro, vida mia!

—Y yo... no es posible expresar lo que yo siento.

—Y decian mis amigos que la mujer no tenia razon.

—No me hables de eso, Rogelio; ya sabes cuanto me hace sufrir.

—Sin embargo, María, hay ocasiones en que dudo de todo...

—¡Oh! ya lo sé; sé que no puedes dominar tu carácter y la menor cosa te impresiona haciéndote padecer horriblemente; pero es preciso que pienses siempre en mi amor, en lo mucho que te adoro, y de ese modo no dudarás nunca, ¿no tienes bastantes pruebas de mi cariño?

—Sí, alma mia, sí; convencido estoy de tu amor. Pero dí ¿por qué cuando estás en alguna reunion, con tus amigas, en visita, con otras personas cualesquiera parece como que no te acuerdas de mí? Entonces á todos atiendes, á todos hablas; únicamente de cuando en cuando me concedes alguna mirada como de compasion...

—Te engañas, Rogelio: entonces, como siempre, me acuerdo de tí; te quiero como siempre; pero no me es posible consagrarte todos los momentos porque la sociedad nos criticaria; de todos modos exageras demasiado mi conducta para contigo; fijate y verás que cuando hablo en esas ocasiones hablo distraida y como contrariada, porque tengo el pensamiento en otra parte, porque solo pienso en tí; verás tambien que siempre procuro hacer girar la conversacion sobre asuntos en que tú puedas hablar; si tú te fijaras en todo esto, Ro-

gelio mio, verias que te amo siempre y que si entonces no lo demuestro es porque la sociedad me lo impide.

—¡La sociedad! ¿y qué te importa á tí de la sociedad? cuando tu me pides una cosa, cuando sé que te complazco en una accion la ejecuto siempre, porque tu eres toda mi sociedad, todo mi mundo, María.

—Tú eres tambien todo mi mundo, Rogelio, pero ahora todavia no soy tuya; la sociedad me reclama y á mi despecho tengo que complacerla. ¡Oh! el dia venturoso en que nos unamos para toda nuestra vida verás hasta dónde llega mi amor; entonces sabrás el caso que hago de la sociedad; entonces, que solo debo complacer á mi esposo ¡qué palabra tan bonita! entonces me dedicaré á tí, exclusivamente á tí, con toda mi alma.

—Pero eso durará poco: echarás de ménos tus amigas, tus tertulias...

—No me hables de eso, Rogelio: ¿qué me importan las amigas ni nada teniéndote á tí, pudiendo estar siempre á tu lado sin que el mundo me pueda censurar? ¿Acaso crees tú que esas amistades superficiales, esas afecciones del mundo, que duran un momento tan solo, echarán tan hondas raices en mi corazon que puedas tener celos de ellas? ¿Tú crees que yo voy á las tertulias por mi gusto, porque tenga necesidad de sus distracciones? ¡Qué mal me juzgas, Rogelio! Esas reuniones no tienen atractivo ninguno para mí, porque en ellas solo se trata de asuntos tontos, de la vida de Fulano, del traje de Citana, del tiempo, de tonterias que lejos de distraerme ni agradarme me fastidian, me cansan, me disgustan; voy á ellas bien sabes por qué; porque mi madre me obliga á ello, porque, sino quiero que se murmure de mí, no puedo prescindir de acudir dándome un mal rato. Créeme: desde el momento en que sea tuya olvidaré con el mayor placer todo esto; jamás se me ocurrirá la idea de echarlo de ménos, te consagraré toda mi vida y seremos todo lo dichosos que en este mundo se puede ser: ¿me crees ahora?

—Sí, ángel mio, sí; te creo y te adoro cada vez más; quisiera estarte escuchando siempre porque tus palabras son la música más sublime que conmueve mi alma; quisiera siempre verte así, apasionada, tierna, cariñosa, para poder soportar con ménos pena el tiempo que aún falta para consumir nuestra ventura.

—¿Qué largo es todavia, Rogelio!

—Es una eternidad.

(Se continuará.)

POESÍAS.

A MI MADRE.

Dicen que has muerto, y lo créen porque han visto tu cadáver....

¡Qué necios! ¡Bien se conoce
que no miran mi semblantel

El anciano que recuerda
tu pálida frente de ángel
murmura al mirar mi frente:

—*¡Es la frente de su madre!*

La mujer con quien risueña
en tu juventud jugaste
dice al ver mis negros ojos:

—*¡Son los ojos de su madre!*

El mendigo à quien piadosa
mitigaste sus pesares
reza al mirar mi sonrisa:

—*¡La sonrisa de su madre!*

El enfermo à quien un día
dulcificaste sus males
gime al ver que yo padezco:

—*¡Es mártir como su madre!*

A cualquier parte que vaya,
junto à cualquiera que pase
oigo decir con orgullo:

—*¡El retrato de su madre!*

Y pronto, cuando en la tumba
junto à tu lado descansa
dirán vertiendo una lágrima:

—*¡Es la tumba de su madre!*

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

¡LA MÚSICA!

¿Qué misterioso arrullo
El silencio del valle ha entrecortado?
¿Qué lira ha producido ese murmullo?
¿De dónde parte ese rumor divino
Que el corazón inflama?
¿Quién produce ese canto peregrino
Que en temblorosos ecos se derrama?

.....
Es que sucumbe el día,
Que el sol apenas arde;
Que los cielos desbordan su armonía
Y cantan la agonía

Del astro esplendoroso de la tarde,
.....

¡Oh Música ideal! mientras exista
Te amaré con delirio ..
¿Cómo no amarte el alma de un artista?
Ya del valle en la cuna,
En las dormidas auras de la noche,
En la flor al abrir su casto broche
Para sentir el rayo de la luna;
En el eco del bosque floreciente,
Del trueno en el horrisono estampido,
En la voz del torrente,

En el arrullo de las blancas ondas,
En el rumor de la veloz cascada,
En el quejido de las verdes frondas,
En la indecisa nota que temblando
Se pierde en ese piélago profundo...
Doquier vereis la música vagando,
Que siendo à contenerla poco el mundo
Ya en el cielo su lira está pulsando.
¿Cómo no, si es el astro que colora
Las cúpulas fastásticas del cielo...
Si es el alma que ardiente se evapora
Y cual águila audaz tiende su vuelo
Al infinito sol que la enamora?

.....
Ella es más triste que la esbelta palma,
Ella doquiera flota,
Ella en un eco solo encierra el alma,
Ella aprisiona un mundo en una nota.
Es la estrofa que cantan con anhelo
Los trovadores del Eden divino
Cuando nace algún ángel en el cielo.
Es la voz del querúb, que delirante
Penetra de la gloria en el abismo...
Es la nota arrogante
Que inmensa, vibradora, palpitante
Se desprende del arpa de Dios mismo!!

GONZALO DE CASTRO Y VALDIVIA.

Alcalá de Henares.—1876.

A LA CARIDAD.

Caridad! Fuente de amor,
puerto de eterna bonanza,
manantial de la esperanza
y bálsamo del dolor...
Luz cuyo tibio fulgor
rasga de la pena el velo,
nombre que lleva el consuelo
y el bien infinito encierra...
¿quién no te adora en la tierra
cuando eres hija del cielo?

El pecho que su mal llora
y en honda lucha combate,
tranquilo y sereno late
si en su martirio te implora.
Es tu mano bienhechora
la que el hombre tiende al hombre;
y aunque al corazón asombre
la amarga pena en que gime,
lo consuela y lo redime
la dulzura de tu nombre!

Donde hay llanto que enjugar
allí está tu influjo santo,
y no hay en el pecho llanto

que tú no puedas secar.
 Tu aliento sabe borrar
 los recuerdos de amargura,
 y tú buena, santa y pura
 tejes coronas de flores,
 para premiar los dolores
 y cubrir la desventura.

Vas de la Esperanza en pós,
 que junto á la Fé camina,
 pues la voluntad divina
 quiso enlazarte á las dos.
 Á la palabra de Dios
 y con aliento fecundo,
 llena del amor profundo
 copia del que guarda el cielo,
 tendiste al mundo tu vuelo
 para consolar al mundo!

Y en él cumples tu destino
 y á los que sufren levantas
 y las oraciones santas
 se escuchan en tu camino.
 Solo tu aliento divino
 hace á la desgracia fuerte,
 y acaso sin comprenderte
 el lábio humilde te reza,
 que en tí la ventura empieza
 y sin tí la vida es muerte!

.....

 El canto del alma mia
 no lleva espléndidas galas
 sobre las débiles alas
 de mi pobre fantasía.
 El lábio solo te envía
 sentidos y humildes sonos;
 y mientras dulces canciones
 te ofrecen más rico fruto,
 yo te doy como tributo
 mi amor y mis bendiciones.

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

Jaen.—1876.

EPIGRAMA.

Perico es un buen muchacho,
 mas tan fino quiere ser,
 que nada puede tener
 que no ofrezca sin empacho.

Viendo á su esposa Asuncion:
 —¡Bonita es!—dije á Perico;
 y él me contestó:—Pues, chico,
 está á tu disposicion.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

VARIEDADES.

PENSAMIENTOS.

Siempre favorece el cielo los buenos deseos.—*Cervantes*.

Las reprensiones suaves quebrantan la ira; las palabras duras excitan el furor.—*Salomon*.

El retruécano es el escremento del ingenio volando.—*Victor Hugo*.

Cuando el atrevimiento no halla castigo, presume de hacerse mérito.—*A. Perez*.

No hay mayores placeres que los que se disfrutan en el hogar doméstico.—*Pope*.

La mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.—*Shakespeare*.

Hemos tenido el gusto de ver por nuestra redaccion *El Turolense*, diario noticiero de Teruel. Le saludamos cordialmente y le deseamos larga vida.

SOLUCION AL LOGOGRIFO ANTERIOR.

Siete letras en CIGARRO
 ves, con que puedes formar
Caro, Ciro, gorra, carro
 y *roca* y *aro* además.

CHARADA.

Si dos de lo bueno
 prima quieres dar
 yo te doy el *todo*
 para Navidad.

SEMEJANZAS.

- 1.^a ¿En qué se parece un huevo al cielo?
- 2.^a ¿En qué un borracho á un salon de baile?
- 3.^a ¿En qué un alfiler á un alguacil?
- 4.^a ¿En qué una andaluza á una sardina?
- 5.^a ¿En qué un huevo al sol?
- 6.^a ¿En qué las mujeres á las huertas?
- 7.^a ¿En qué las *Vísperas Sicilianas* al mes de Navidad?

SALAMANCA:

Imprenta de Cerezo, Isla de la Rua, núm. 4.
 1876.